

Elena Poniatowska

No den las gracias

La colonia Rubén Jaramillo y el Güero Medrano

© 2009, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Diseño de la colección: Daniel Bolívar
Curaduría fotográfica de la Biblioteca Elena Poniatowska: Oswaldo Ruiz
Fotografía de portada: © Koral Carballo
Fotografía de contraportada: © Áurea H. Alanís

Ilustraciones de interiores: Página 67: Emiliano Zapata, retrato (ca. 1914).
Fotógrafo: Casasola. D.R. Instituto Nacional de Antropología e Historia,
México

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2023
ISBN: 978-607-39-0196-3

Primera edición impresa en México: junio de 2023
ISBN: 978-607-39-0141-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

A Margarita García Flores

La invasión se hizo a las siete de la noche. Para la madrugada del 31 de marzo de 1973, habían tomado la tierra. En la libreta del Güero Medrano aparecían setecientas familias —él mismo las apuntó—, pero a la hora de la cita sólo se presentaron seis mudanzas. A las nueve, dos horas más tarde, llegaron algunas gentes con sus triques a cuestas. Se acercaron tímidamente, caminaban arrastrando los pies. El Güero Medrano gritó irritado:

—¿Qué pasó con los demás?

Aquileo Mederos Vázquez, alias el Full, su segundo, aventuró:

—Parece que les dio miedo. ¡Tanta patrulla que anda por aquí!

—Pero si habían quedado.

—Pues sí, pero luego la gente es rete rajona —filosofó el Sin Fronteras.

Al darse cuenta que los hombres no le respondían como lo pensaba, el Güero Medrano tomó una motocicleta y esa misma noche se dio a la tarea de recorrer todos los tugurios de la ciudad de Cuernavaca. En cada cuarto de vecindad pegaba el grito: «¡Recuerden el compromiso que tienen conmigo, ahora vamos a cumplir!». Las familias se miraban entre sí asustadas (después de todo, la invasión de tierras es una acción ilícita, delictiva) y eran las mismas que seis días antes lo habían vitoreado en la asamblea de la ANOCE (Asociación Nacional Obrero Campesina Estudiantil) en la que

decidieron invadir el sábado 31 de marzo. Fue la última reunión y todos se comprometieron formalmente a estar en Villa de las Flores a las siete de la noche con sus pertenencias. Durante esa semana el Güero Medrano hizo reuniones de tres, cuatro hombres y mujeres instándolos a la acción: «Si nos tardamos, vamos a perder la tierra». Hacía días que el Güero había repartido volantes en los cinturones de miseria de Cuernavaca anunciando la invasión de Villa de las Flores y que a los que llegaran primero se les darían los mejores lotes.

El domingo hasta el amanecer siguieron llegando más colonos; se quedaban de pie sobre la tierra, entumidos por el miedo, ni siquiera depositaban sus cachivaches como para no aquerenciarse, para no decir este pedazo es mío, permanecían parados abrazando su gallina, asiendo la bolsa del mandado: «Vamos semblanteándolo todo, no vaya a ser la de malas», hasta que regresó el Güero sobre el ruido ensordecedor de su motocicleta:

—No hay que perder un momento, ¿qué están esperando?

—Es que nomás vinimos a echar una ojeada...

—Qué ojeada ni qué ojeada, si vienen de mirones, lárguense, si quieren tierra, agárrenla.

—Pero Güero.

—No sean ojetes.

El Güero Medrano gritaba por encima del fragor de su máquina:

—Píquenle, pónganse a fincar, ahorita regreso.

Y así, sacudiéndolos, les repartió a las treinta primeras familias cuatrocientos metros a cada una, con la única condición de que fincaran más que de prisa, en setenta y dos horas, las mismas que son de plazo precautorio en la cárcel. Con todo y sus gritos, sus «apúrenle» y su poder de

convicción, los paracaidistas no lograban perder el miedo. Ningún aprendizaje más duro que el de la libertad. Se habían traído lo más indispensable, sus cazuelas, tiliches, una que otra macetita, sus perros y sus gatos.

—Aguárdame tantito, Güero, que tengo pendientes en Cuernavaca. ¿Qué?, ¿no puedes apartarme mi lotecito?

—La casa se tiene que fincar, Bartolomé, y yo no puedo hacerlo, no tengo tiempo. Si no levantas casa, no voy a darte la tierra.

—Y ¿no puedes arrendarla unos diitas, Güero, como cuates?

—Eso no se vale, Bartolomé, aunque seas mi compadre. Si no la tomas, déjasela a otro.

—Pero Güero.

No había peros con el Güero, ningún pero que valiera. En el primer árbol —en la colonia hay muchos huamúchiles que en Guerrero llaman pinzones— la gente amarró su plástico a manera de techo, arrimó piedras y palos, huizaches o lo que encontrara, y levantó su tecorrall, delimitó su propiedad. A la hora del café, Buenaventura, que se había sentado en una piedra, dijo pausadamente:

—Está bonito aquí.

Y Micaela también, soltando por fin a su cachorro:

—Aquí sí va a poder correr el Amarillo.

—¿Y mis hojas de toronjil?

—Estése sosiega, abuela, hace rato vi su maceta, por allá debe andar.

—¿Y el dinero que tenía yo en la maceta del pasillo, lo sacaste?

—¿Cuál, abuela?

—El dinero de la maceta, allí tenía yo lo del gasto. Me traje abrazada la maceta de yerbabuena y ahora no la veo, tampoco veo mis ladrillitos.

—Mañana regreso a Cuernavaca y le traigo la maceta de sus centavos, abuela.

Así, en la madrugada del 31 de marzo, tomaron la tierra. Treinta familias aterrorizadas por su propia acción se instalaron en una colonia llamada Villa de las Flores, casi frente al balneario de Temixco, en la carretera que sale de Cuernavaca rumbo a Taxco.

¿Qué es un puñado de hombres frente a los patrulleros?

Las mañanas en Morelos son claras, muy pronto el cielo es azul, muy pronto empieza a calentarse el día bajo un sol macizo, fuerte, paternal. Allí también la naturaleza es solidaria; las flores se entregan en masa, sin el menor recato, cubren cualquier borde de rojo, de lila y de morado, a todos abrazan, con todos se meten: muros, esquinas, crueros, árboles, arbustos, allí vienen con sus brazos abiertos y voraces, sus labios de colores y sus cabelleras verdes destrenzadas; flores locas, inconscientes de lo que son y de lo que hacen. Los arrozales también cubren la tierra mojada y la caña despunta erecta y se yergue redonda y segura, un campo de berenjenas, otro de rosales, cuyas rosas envueltas en papel periódico mojado se venden en Cuernavaca y aun en el Distrito Federal. Ya en lo alto de la colonia, el verde se convierte en café y la tierra negra y lubricada se vuelve tepetatoso y seco y sólo le sirve a las tolvánicas que la hacen girar y esparcirse sobre los toldos de cartón. Toda la hierba que allá abajo invade los surcos y hay que arrancar por avorazada, en la loma se va haciendo opaca y polvosa para luego quedarse en los puros rabitos y venir a morir exhausta a los pies de los miserables.

Entonces resulta que no es tan bonito como lo dice Buenaventura sentado en su piedra, aunque la vista allá abajo siga siendo florida.

—Mira, allá está un tabachín.

—Eso dices tú.

—Allá, allá mero juntito a la carretera, allá traslomita, allá voltea pa' ese lado, allá detrasito...

—No lo veo.

—Allá te digo, en el cruce donde empieza el camino de terracería. ¿Ves aquella como claridad? Voltea p'allá... pues aquel clarito es del verde del tabachín.

—¿El tabachín?

—¡Ah que la canción! Pues ¿qué estás malo de la vista?

El Güero Medrano, ése sí no podía andarse con contemplaciones, para él nada de paisajes, si acaso oteaba el horizonte era para ver a qué horas se apersonaría la tira, cómo hacerle frente, con qué gente, con qué armas. Claro, allí estaban el Full y el Sin Fronteras, el Taxco, el Chivas Rígal y los estudiantes del Comité de Lucha de la ANOCE, pero ¿qué era un puñado de hombres en contra de los patrulleros? Su mayor enemigo era el tiempo, su mayor aliado también el tiempo, la rapidez con que los colonos levantarán su casa; y cuando pasaba frente a los que estaban fincando sentía una rabia sorda: «Píquenle», les espetaba y le respondían, lentos:

—Es que estamos muy desmañados.

Allí andaban de pachorrudos deteniéndose a tomar café, ¡háganme el favor!, amarrando sus toldos con toda calma, viendo a ver qué, pasándose el hacha y las escasas herramientas de una mano a otra, extraviándolas.

—¿Y la escoba?

—Anda por a'í...

—Es que me la prestaron.

—Voy, voy, carajo, por a'í la recargó el Chente en el palo aquel. Yo no puedo entretenerme en buscarla. Ando escombrando.

Soplaba un aire caliente y desde abajo subía el hedor de las flores podridas y enlamadas, las ya cortadas que no se embarcan a México.

Dame mi terreno sobradito, Güero...

El Güero Medrano formó una comisión con el Chivas Rígal, el Juárez, Chava, Mateo y Serafín, todos miembros del Comité de Lucha de la ANOCE, para que trazaran las calles y cavaran las zanjas mientras él repartía las tierras. Cuatrocientos metros a cada quien, un muy buen lote.

La única condición es que levanten la casa en tres días.

—'Ta bueno.

—Con esta territa yo me quito de apuraciones, así es de que voy a pedir fiado un carro de la mudanza para traerme mis chivas.

—Pero entre tanto, muévete, Bartolomé, te digo.

—Sí, Güero, yo la quiero pegadita al huamúchil pa' que se me facilite.

—Ándale pues.

—¿Ahorita me vienes a medir mis metritos?

—Sí, ahora mismo.

—¿Qué no puedes seguirte de filo y darme cincuenta más? Es que somos muchos...

—Ya cuatrocientos metros es un espacio grande, y esto es lo que acordamos en la asamblea.

—Pero somos doce.

—Y antes ¿cómo le hacían? ¿No compartían el mismo cuarto?

—Dame mi terreno sobradito, si me lo das así, la cosa quedará entre nosotros.

—¿Cómo voy a dártelo sobradito, Ezequiel, habiendo tanta necesidad?

—Como que yo no encuentro mi lugar, como que no me hallo.

—No se apure Ceferinita, al ratito se halla, nomás que vea sus cosas acomodadas...

—Ahora sí ¿ya no nos vamos a cambiar? Es que ya mis huesos no me ayudan.

—Ahora sí, Ceferinita, ahora sí no se apure. Ahora ya lo encontramos: un lugar para toda la vida.

—¿Sempiternamente?

—Sempiternamente.

«Hasta aquí mi casa». Los primeros en llegar pudieron escoger su pedacito, ver que el Güero les midiera personalmente su lote, platicarle, porque él platicaba bonito, bonito, se sabía muchas razones, pero ya a la mañana siguiente arribaron más colonos jalando sus carritos que crujían haciendo rechinar también la tierra, y a los tres días, el martes 2 de abril de 1973, eran trescientas las familias, y éstas sí, ya no parecían venir dormidas.

Dormíamos mi mamacita, mi señora y yo, mis dos chavitos, mis dos hermanos y mi hermana la soltera; total ocho personas en un cuarto de dos por tres

«Vivíamos con mi mamá y empezamos a tener muchas dificultades porque en la noche para dormir ocho en un cuarto de dos por tres de ancho, teníamos que sacar todo para afuera, amontonarlo y levantar la cama contra la pared, de suerte que jamás dormíamos en cama, la cama era

para sentarse y nos acostábamos todos en el suelo. Así, sí cabíamos. Nada más llegaba yo del trabajo y era recibir quejas. Pues claro, estábamos muy forzados, y la que pagaba el pato era mi señora. Entonces renté otro cuartito chiquitito, así un cuartucho sin azotehuela ni nada y el sol pegaba en la mera puerta todo el santo día y como era muy chiquitito pues ardía el cuarto y los niños se salían a jugar para no achicharrarse, pero como estaban muy chavos pues era mucho pendiente para mi señora. Una señora vecina nos vio cómo estábamos y nos tuvo lástima, yo creo que nos estimaba, bueno, se condolía de nosotros y me avisó: “Están repartiendo en Villa de las Flores, habían de ir para ver si les dan un cachito”, y tanto insistió que yo le respondí, porque pues uno tiene su orgullo:

»—No, mejor a ver si consigo dinero para comprar uno.

»Como los estaban dando regalados, ¡caray!, pues yo tenía desconfianza. “Después a lo mejor nos lo quitan, a lo mejor nos sacan y ya pagamos la mudanza, no, mejor no”. Es peligroso para los pobres meterse en esos asuntos porque después se lleva uno sus buenos chascos, pero algo se me quedó zumbando porque ese mismo día al salir del trabajo fui camino a la Civac a informarme de un fraccionamiento y daban bien caro, a ciento veinticinco el metro, bien caro, allí en La Alegría, pero un compañero albañil como yo, Tebas, me hizo el favor de decirme que donde él vivía, en la Azteca, una lomita ejidal, vendían lotes con facilidades, nada más tenía uno que dar quinientos pesos de enganche y el resto, pues a ver cómo, y eso sí me convenció y el domingo me salí bien temprano de la casa, a las cinco de la mañana, para esperar al de los enganches en la Azteca, pero como no llegó y dijeron que a ver si a las once, bajé a Temixco y allí oí a unas personas conversar que en Villa de las Flores estaban dando lotes y como no

sabía qué hacer y estaba yo nervioso, nada más allí parado de oquis, que pasa un carro que decía «Villa de las Flores» y que me subo y el autobús se metió por Panocheras, un ranchito que es ahora una de las entradas de la colonia, y vi mucha gente corte y corte nopales y acarree y acarree en un carro de redilas y me entusiasmó verla así tan corriendo y me encuentro yo allí con otro cuate albañil y que le digo:

»—Oye ¿qué todavía habrá lotes?

»—No, ya no hay, nomás hay puras esquinitas que sobraron. Ya repartieron todo. Ya nomás son puras esquinitas.

»—Bueno, pues voy a ver.

»Crucé la barranca y llegué hasta las oficinas, que antes, creo, eran la casa del gobernador y al primero que veo es a un hombre que estaba de guardia en la puerta que después supe le decían el Cacarizo porque estaba todo picado de viruela y le digo:

»—¿No sabes si están repartiendo lotes?

»—No, creo que ya no.

»Encontré a otro, un alto él, medio chino, moreno así, que después vi siempre con su arma, trepado en la azotea. A él le pregunté:

»—¿No sabes si todavía andan repartiendo lotes?

»—Sí, pásale, ahorita están vendiendo los boletitos.

»—¿Qué boletitos?

»—Unas fichas de veinticinco pesos que te dan derecho a la tierra.

»Para eso ya se estaba haciendo hora de ir a lo del otro terreno pero me quedé formado porque vi que de todos modos había desacompletado los quinientos pesos del enganche de la Azteca. Estaba yo bien inquieto, ya me quería regresar, todavía me faltaban como unos tres o cuatro que

estaban delante de mí y que digo, no pues voy a pedir prestados los veinticinco pesos al cuate ése Tebas, el albañil que me había dicho lo del lote en la Azteca, y así anduve, espere y espere bien nervioso porque ya con la ficha en la mano había que esperar el turno del lote. Repartían los domingos para que el lunes o el martes a más tardar se apersonara uno con sus cosas. En la tarde del martes pasaba el Güero con su gente a ver qué lotes habían quedado vacíos porque si uno no ocupaba la tierra luego luego, le daban la ficha a otros.

»Nos fuimos caminando tras de la comisión repartidora todos los que teníamos ficha, calle por calle. Tras de nosotros venía un perro grandote y bigotón a quien después le pusieron Seco porque ya estaba viejo. Nos tocó de repartidor Tacho García, un güerillo él, aunque no estaba tan chavito, allá andábamos siguiéndolo calle por calle y él medía los lotes y los separaba según las fichas, pegaba duro el sol y el chavillo mide y mide. Ya estábamos por el rumbo de La Joya cuando llega su papá también de nombre Tacho García y le dice al chavo:

»—Ya párale de repartir.

»—Nomás faltan poquitos, ya mero voy a acabar.

»—No —dice—, si ya toda la mañana anduviste repar-tiendo, ya vámonos a comer, ya es tarde.

»Yo me quedé bien desanimado porque todavía faltaban muchos, iban creo en la ficha 180 y yo tenía la 212, todavía faltaba un buen tramito de la cola y como se tardaban, me sentí yo rete decepcionado:

»—Uy, pues ni allá ni aquí me van a dar.

»Me acordé de esa señora Carlota que ahora es mi vecina y siempre trae una criatura en brazos y me encargó su ficha. Tenía el número 213 y entonces fui con el muchacho ése Tacho y le dije:

»—No la amuele, esa señora anduvo todo el día con su chavito bajo el sol.

»Yo lo que quería era que repartiera nada más hasta el 213 para que alcanzara yo.

»—No la amuele, cuando menos reparta hasta donde le toca a la señora.

»Él se compadeció:

»—Bueno pues, a ver señora, usted anduvo aquí desde en la mañana, pues entonces ya nomás a la señora le vamos a dar.

»Y que le dan luego luego, allí mismo. Sólo quedamos unos poquitos, porque ya nomás íbamos hasta el 210, éramos un grupo así pequeño y nos le encimamos al chavillo:

»—No, pues repártanos de una vez.

»—Hasta el otro domingo, cuando vuelva a repartir.

»Pero a nosotros nos gustaba allí porque estaba parejito, y además llegaban los “chocolates” [autobuses urbanos] y no queríamos regresar al domingo siguiente porque de repartir así en orden, nos tocaría hasta por allá por La Nopalera o quién sabe por dónde. Y de eso ya no estábamos muy conformes. Entonces el güerillo ése nos dice:

»—Bueno, yo les reparto pero si me ayudan a medir. «Uy, pues todos empezamos a hacer mojoneras de terrones, porque había puro barbecho allí, y nos midió y nos tocó a cada uno un lotecito menor de lo que habían dicho, pero pues ya teníamos nuestro lote y entonces cuando sentí que ya tenía mi territa, pues ahora sí, háganse bolas, háganse pa'trás, ya empecé, luego luego me fui volado para arriba donde estaba el que ahora conozco como Epifanio, vendiendo madera, y compré horcones, compré polines. Me gasté casi los quinientos pesos del terreno de la Azteca y le hablé a un chavo que tenía barreta, el único que se dedicaba a hacer hoyos en la colonia, uno de los Chitas, así les

decíamos a él y a su hermano porque parecen changuitos. Cobraba por hacer hoyos con su barreta y ya era noche cuando me fui para la casa y llegué allá y le dije a mi señora:

»—Ya tenemos casa.

»—Pues ¿'ónde?

»Ella nada más sabía que yo había ido a la Azteca a lo de un enganche.

»—¿A'ónde?

»—No, pues la tenemos en Villa de las Flores.

»—Pues ¿cómo? —dice ella.

»—Pues sí —le digo—, y mañana nos vamos.

»—¡Ah! ¿Así tan rápido?

»—Sí —le digo—, porque no me dieron mucho tiempo. Mañana pagamos una mudanza.

»—¿Una mudanza? Y ¿con qué?

»—Con lo que me queda de los quinientos pesos. Si no, le pido prestado a Tebas. Vamos a comprar cartón y cintas.

»Y sí, luego luego cargamos el carro y nos fuimos y como tenía yo que trabajar el lunes, pues en llegandito descargué, puse una sábana a manera de techo y le dije a mi señora:

»—Allí te quedas, yo luego regreso para seguir.

»Nomás puse todos los muebles, el ropero, en fin, las cosas grandes que teníamos, la mesa, las tres sillas la una al lado de la otra a que formaran como una cerquita, y me fui a chambear. Así duré como un mes porque tardé más de treinta días en hacer la casa. En las mañanas me levantaba temprano y ponía unas dos o tres láminas y en la tarde, de vuelta, mientras se hacía oscurito, volvía a poner otras, porque se tarda uno para hacer la casa bien hecha. Soy albañil y sé lo que es una casa en forma. Pero pues ya, por primera vez, mi familia tenía casa».